

lugar á que la corrupcion se estendiese y á que penetrando la cobardía y hasta la traicion en las tropas viniera una derrota y vergonzosa capitulacion á envalentonar al enemigo, á aumentar el prestigio de su caudillo en el país, á dar carácter más importante á la guerra, á ocasionar nuevos envíos de fuerzas y pertrechos y á que se prolongára por mucho tiempo el fin de la contienda.

Al presentarse en Africa Metelo hizo cambiara pronto el aspecto que ofrecia la causa romana, y los resultados fueron correspondiendo á la pericia y sobresalientes dotes de general en jefe que poseía. Dedicado al principio á restablecer la disciplina y moral del ejército, á prepararlo é instruirlo para las marchas, campamentos y combates; á reunir aprovisionamientos, y á estudiar el país y meditar el plan de operaciones, supo despues, al emprenderlas, usar á la par los resortes de una política hábil, de la astucia y hasta de la corrupcion de que se valía el Númida; sistema este último que, como se verá en adelante, quedó admitido en las guerras de Africa, porque se presta á su empleo la movilidad de carácter de los indígenas y su amor al oro. Consecuencia natural de semejante conducta habia de ser, y lo fué efectivamente, que dejara de producirle á Yugurta felices frutos su maña para inspirar confianza con fingidos tratos y seductoros ofertas, su táctica de eludir batallas y de retirarse á terrenos fragosos, y su actividad en acosar los destacamentos, en amagar los flancos y retaguardia del ejército en marcha y el intentar sorprender los campos: habíaselas entonces con un adversario incorruptible, diestro y vigilante.

Muy digno ejemplo es ese proceder de Metelo en los preliminares de su campaña para moralizar y reformar el ejército, no ménos que la prudente circunspeccion que observó despues en los campos, marchas y operaciones, mereciendo tambien elogios el cuidado que ponía en entender sus exploradores á fin de asegurarse siempre la

tranquilidad, evitar en lo posible las súbitas acometidas de sorpresa y conocer la situación é intentos del enemigo: servicio que en tal clase de guerra es inapreciable y que nunca debe dejar de recomendarse como esencialismo, por más que se reconozca penoso para las tropas, y en ocasiones difícil y arriesgado para los cuerpos á que se encargue.

La batalla de Mutul vino á confirmar el acierto de las medidas adoptadas por el cónsul romano y á probar su mérito en esos trances imprevistos, confusos y peligrosos de los grandes combates de encuentro. La posición elegida por Yugurta y todas sus disposiciones para ocultar las fuerzas, para introducir en los contrarios la duda ó vacilaciones, y para envolverlos luego, responden á un gran talento y práctica de guerra; siendo probable le hubieran proporcionado la victoria á no llevar Metelo su ejército tan prevenido, adiestrado y disciplinado, á no ser tan maniobrero para poder cambiar al instante el órden de marcha por el de batalla que adoptó, y á no tener la serenidad de espíritu que mostró en medio de la ruda pelea para seguir dictando órdenes oportunas. Mas esa misma batalla en que solo consiguió rechazar el ataque de los números sin hacerles casi prisioneros, mientras que á serle adversa la fortuna habria sucumbido con todo el ejército, le hizo comprender todavía mejor la índole especial de los enemigos y los ardides de su caudillo, por lo que determinó no empeñarse en buscarla, sino mas bien, haciendo guerra al país, obligarle á que acudiese á donde fuere llamado por la necesidad de proteger sus pueblos. Y así aconteció efectivamente al dirigirse á sitiar la ciudad de Zama, donde si es cierto fracasó en su intento de tomarla, vió al fin justificado el plan que se habia propuesto, pues tuvo que acudir Yugurta y hacer esfuerzos temerarios para librarla.

La expedición que en la siguiente campaña emprendió á Thala, la primera en su género verificada por los roma-

nos á través de comarca desierta, árida y falta de agua, acreditó su prevision en las disposiciones de marcha de que dá noticia el historiador, y merecieron el feliz resultado que alcanzó por su perseverancia durante cuarenta dias; siendo inmediata consecuencia que se alejase Yugurta desconcertado hasta la Getulia para pedir auxilios y rehacer tropas, y proporcionarle con eso de seguida la ocasion de castigar otras poblaciones y dejar ocupadas algunas que convenia poseer para sus ulteriores proyectos.

Deplorable conducta observó su teniente Mário intrigando contra su jefe por la ambicion de sucederle; y aunque su mérito y fortuna despues hicieran olvidar en algun modo el precedente, nunca dejarán de condenarlo la Historia y la severidad de los sanos principios militares. Mas hecha abstraccion de ese desleal comportamiento, de lo que atañe á sus manejos y aspiraciones políticas que le indugeron á reclutar en Roma cierta clase de gente antes no admitida para las legiones, y á la dolosa popularidad que pretendió del soldado á costa de relajar la disciplina, en todo lo demás es preciso reconocer que observó la buena escuela de guerra que había aprendido de Escipion Emilianio y que acababa de ver practicar á Metelo.

Las primeras medidas que adoptó para instruir y acostumar los nuevos soldados al servicio y á las fatigas, para darles solidez é identificarlos con los veteranos, y todo cuanto ideó é hizo para librarse de las escaramuzas y asechanzas de Yugurta, es tenido con razon en mucha estima.

La operacion atrevida sobre Capsa fué ejecutada con singular acierto por la estacion en que la hizo, por los previsores detalles que ordenó para asegurar las subsistencias y el agua, por el disimulo con que empezó la marcha, por la sagacidad y rapidez con que la siguió en largas etapas de noche, y por el arrojo con que la dió fin. Habia ciertamente la reciente experiencia de la expedicion de

Metelo á Thala, pero como la distancia y las dificultades eran mucho mayores ahora, quedó justificado su anhelo de celebridad y emulacion por sobrepujar á la que aquel adquirió.

El ser estas dos expediciones militares de Thala y Capsa las primeras de que tenemos noticias dirigidas por los romanos hácia el interior lejano en Africa, les dá sumo interés para el estudio comparativo con las verificadas en épocas posteriores, y sobre todo con las de los franceses á esa region meridional de la Argelia, ó al *país de la sed*, que es como los árabes y los soldados europeos han solido apellidar aquellas planicies secas y solitarias del Sahara; pues en efecto, la concepcion y ejecucion de tales operaciones á comarcas distantes y desiertas, de terreno desnudo de vegetacion, sin agua y bajo un sol abrasador, exigen tanto cuidado de detalles é inteligencia en dirigir la marcha, que solo así pueden sobrellevarse por las tropas los sufrimientos de la fatiga, de la sed y aun de la tristeza que se apodera del espíritu de los soldados hasta verlas coronadas con algun suceso de gloria, que es siempre la mejor indemnizacion moral de los trabajos de guerra.

Las omisiones de Salustio en algunos lugares de su obra nos hacen ignorar los pormenores de la operacion que llevó á Mário hasta el rio Muluca ó Muluya, y su verdadero pensamiento para emprenderla teniendo que atravesar una parte del actual estado de Tunez y toda la Argelia, que equivale á una marcha de 200 leguas separado de su base. Preciosos serian los detalles de ella si el autor los hubiese consignado, siquiera como lo hizo respecto á la expedicion de Capsa; mas de todos modos, y aun cuando parece evidente que no fué hostigado el ejército, siempre resulta una prueba de la incansable actividad de Mário y de la resistencia de sus tropas. En cuanto al objetivo no es admisible en buena crítica que solo con-

sistiera en tomar el castillo donde se suponian encerrados los caudales de Yugurta; y por eso los más ilustrados comentadores de Salustio opinan que el verdadero fin del Cónsul romano sería imponer á la Mauritania con la presencia de sus armas en la frontera, y tal vez procurar hiciera el rey Boco lo que más adelante obtuvo Sila; pero pudieron más en aquella ocasion las ofertas del Númida, que logró se le uniese con grande fuerza para atacar á los romanos en su marcha de regreso.

Calcúlase en unos 40.000 hombres el efectivo que guiaba Mário al ser atacado por Yugurta y Boco á cinco jornadas de Cirta con fuerzas tan superiores que, aparte de la infantería, constaban, segun Orosio, de 60.000 ginetes. El combate, casi de sorpresa, fué muy duro; y bien puede calificarse de accion perdida por los romanos en su primera parte; mas la solidéz de las legiones, la perseverancia de su General y el pleno conocimiento que tenia de los enemigos, le hizo no desesperar nunca: por eso cediendo el terreno y rehaciéndose á retaguardia en buena posicion, de la mejor manera que pudo á favor de la noche y de la confianza de los númidas y mauritanos, tomó la resolucion enérgica de atacarlos antes de amanecer y logró dispersarlos; atrayéndose así las caricias de la fortuna en el momento que parecia haberle abandonado. Apropósito será con este motivo recordar aquí la exactitud con que se ha dicho que *si en la guerra la suerte viene del cielo, con la buena voluntad suele seguir y acompañar á la experiencia, á la sangre fria y á la vigilancia.* Y Federico II asentó tambien que *el capítulo de los acontecimientos es vasto, pero la prevision y la habilidad pueden corregir la fortuna.* En el antiguo libro *De Re Militari*, de D. Diego de Salazar, se registra entre las máximas que traduce de Vegetio, que *saber en la guerra conocer la ocasion, y tomarla, aprovecha más que ninguna otra cosa.*

Sirvió de leccion á Mário aquel suceso para caminar

despues más apercebido, y adoptó una disposicion de marcha de que antes no habla Salustio, que debia consistir en la formacion de una figura cuadrangular que define *quadrato agmine incedere*, y sobre esto me separo de la opinion de los ilustrados autores de la Biblioteca militar de *Liskenne* y *Sauvan* que, guiados por la inteligencia precisa que dan á los órdenes de marcha y formaciones tácticas de los romanos, no creen deba entenderse que Mário llevase el ejército formando verdadero cuadro, sino en las tres columnas que constituian su órden normal de marcha. Respetando el dictámen, me atengo á lo que claramente expresa el autor y parece más probable, aunque de ello se infiera que se apartase el General de los preceptos reglamentarios, lo cual no sería de extrañar en un hombre de grande iniciativa reformista como lo habia ya demostrado para el reclutamiento en Roma y como más adelante hizo en la composicion y fuerza de las legiones. Y ciertamente que obraría con acierto, si dispuso las tropas en un cuadrado, mejor dicho en un rectángulo compuesto de dos gruesas columnas á derecha é izquierda que dejaran entre sí dilatado espacio para resguardar todo el bagaje ó *impedimenta*, y que cerraban por vanguardia y retaguardia las cohortes ligeras que con prontitud podrian ser auxiliadas en caso necesario, tomando fuerza de las dichas columnas laterales. Así se comprende que esa disposicion le sirviera para acampar y marchar, estando siempre dispuesto á resistir los ataques de la numerosa caballería enemiga en cualquier instante y por cualquiera parte que amagase, pues á ello se brindaba lo despejado del terreno que atravesaba. Y lo que en efecto aconteció cuando ya se acercaba á Cirta, comprueba nuestra conjetura de que á tan acertada formacion, con la firmeza de las tropas y la actividad de Sila, se debió la victoria.

Damos sumo valor á esta batalla, no solo por sus resultados, sino por la circunstancia particular de dicha for-

macion, que en lo sucesivo fué en alguna manera imitada muchas veces, viniendo á constituir, con las modificaciones tácticas consiguientes, el órden que puede llamarse normal para las marchas en semejante clase de guerras y de terreno hasta nuestros dias, pues, aparte de otros lejanos casos, son de citar el de Montecucolli en Hungría contra los turcos en el siglo xvii, el de Napoleon I al dirigirse de Alejandría al Cáiro y el del Mariscal Bugeaud en la jornada de Isly en 1844.

En las negociaciones que mediaron con Boco se dibuja perfectamente la índole vacilante de aquel soberano de la Mauritania, y en la perfidia de que se valió para entregar su aliado y yerno, despues de calcular si ésta le convendría más que la que aquel pretendía hiciese con el jefe romano, nos ofrece una muestra de la perversidad del carácter africano de que la historia presenta otros muchos casos, si bien ninguno tan notable y caracterizado.

Distinguióse Sila en aquellos tratos, pues se debió á su sagacidad y energía que tuvieron tan pronto y tan completo resultado; pero de ahí y del prestigio militar que en corto tiempo supo adquirirse, arranca el principio de las funestas disensiones que ensangrentaron la República; creció en él la ambicion á los más altos destinos, y en Mário se creó un sentimiento de desvío, especie de celos ó envidia, que empezaba á castigar lo de su proceder con Metelo.

El estudio de esta guerra creemos indudable será siempre de importancia suma para cuantos desearan aprovechar las lecciones de la experiencia, pues como dice uno de los modernos comentadores de Salustio: «Las mejores tropas, los más hábiles generales de la época, la circunspeccion más atenta, las precauciones más minuciosas, la prevision más despejada, la sagacidad junta con la prudencia, la audacia unida á la astucia, el génio militar ayudado por una diestra política, por el oro y la se-

duccion; en fin, para resumirlo todo, tres nombres, Metelo, Mário y Sila, parecieron apenas suficientes para tan difícil empresa.»

Las cualidades y pericia de Yugurta, de Metelo y de Mário, que son las figuras que sobresalen en el cuadro de esta guerra, corresponden á la celebridad de la empresa que sostuvieron.

Plutarco no nos legó la vida de Cecilio Metelo entre las de sus grandes hombres, aunque bien la mereciera y ofreció escribirla; pero con los datos de Salustio y con el título que alcanzó del *Numídico*, hay bastante para fundar la justa fama militar que le ha acordado la historia. Su conducta en Africa fué en todo digna de aplauso y de servir de modelo, pudiendo creerse que sin las intrigas que le arrebataron el mando, habria dado fin á la contienda antes tal vez que su ambicioso teniente que le reemplazó.

De la pintura militar que de Mário hace Plutarco cuadra á nuestro propósito extractar los siguientes párrafos. «En el curso de esta guerra, que ofrecia las más grandes dificultades, jamás se le vió temer los trabajos más rudos, ni desdeñar las funciones ménos importantes. Superior á todos sus iguales en buen sentido y en prudencia para cuanto podia contribuir á utilidad comun, competía con los simples soldados en paciencia y frugalidad, y se adquirió así las simpatías del ejército. Es en general de grande alivio en las situaciones difíciles tener compañeros que se repartan de buen grado las penalidades, y de ese modo desaparezca la necesidad. No hay para el soldado romano más dulce espectáculo que ver á su general comer públicamente el mismo pan, acostarse en la paja y trabajar con él para abrir una trinchera ó fortificar un campo. Estima ménos á los capitanes que les dan dinero ó que les ascienden, que á los que se asocian á sus trabajos y peligros: gusta de que participen de sus fatigas

y no que vivan desocupados. Mário, siguiendo esta conducta, se ganó el afecto de todos los soldados y llenó pronto el Africa y aun la Italia del rumor de su nombre y de su gloria.» Y en otro lugar, tratando de la guerra que hizo contra los cimbros, se espresa así: «Acostumbró las tropas á toda suerte de carreras y de largas jornadas: las obligaba á llevar todo su equipo y á prepararse la comida; y por eso mucho tiempo despues, los soldados que estimaban el trabajo y ejecutaban tranquilamente silenciosos cuanto se les ordenaba, eran apellidados *acémilas de Mário.*»

Las recientes guerras de los franceses en la Argelia han hecho se estudien con sumo cuidado los precedentes históricos de las de los romanos en el mismo suelo, siendo objeto de más particular investigacion esta interesantísima de Yugurta á que se dedicaron varios comentadores, estableciendo un paralelo, que en algunos conceptos es sorprendente de exactitud, entre aquel célebre caudillo de los númidas y el Emir Abd-el-Kader que, durante bastantes años, se sostuvo con no menor perseverancia y talento contra los modernos conquistadores de Africa: mas no alteremos el sistema cronológico que seguimos, que ya vendrá la ocasion oportuna de ese cotejo, y nos precisa continuar la ilacion de otros muchos sucesos.





CAPÍTULO III.

GUERRA CIVIL DE LOS ROMANOS EN AFRICA.

SUMARIO. — Antecedentes. — Rápida campaña de Pompeyo. — Campaña funesta de Curion. — Campaña de Julio César. — Ligeras reflexiones críticas.

ANTECEDENTES.



APESAR de las victorias reseñadas en el capítulo anterior, que produjeron verdaderamente la conquista de Numidia por los romanos, no entraba aún en la sábia política del Senado agregar á la República tan extensos territorios, conociendo las dificultades y gastos que habria de ocasionarla su administracion y colonizacion. Por eso se ha visto que, dando una parte al Soberano de la Mauritania y apropiándose otra anexionada á la provincia romana, constituyó con lo restante un estado para Gauda; el que poco despues, sin duda al fallecimiento de aquel príncipe, lo dividió en dos para adjudicarlos á Hiempsal, que se cree era hijo suyo, y á

Hiarbas ó Hierta, príncipe también de la antigua Real familia nómada; siguiendo así exactamente la provechosa máxima de *dividir para dominar* de que tanto supo utilizarse.

Exaltada la contienda civil entre los bandos de Mário y Sila, comunicóse el fuego de la discordia no solo á la provincia romana de Africa, sino también á los Monarcas de Numidia, tomando partido por Mário el que reinaba en los límites occidentales fronterizos de la Mauritania, Hiarbas, y por Sila Hiempsal, á quien pertenecian las comarcas vecinas de la provincia romana, cuya capital era Cirta.

Desgraciado Mário en Italia pasó fugitivo al Africa; pero perseguido allí, y no encontrando apoyo en Hiempsal, tuvo que alejarse con su hijo de aquel país donde tanto ensalzó su nombre: esto no obstante, otros proscriptos acaudillados por Domicio, acudieron á los Estados de Hiarbas, quien viendo una ocasion propicia de sacar ventajas de las disensiones de Roma, marchó contra Hiempsal, se apoderó de su Corte y lo arrojó del reino; quedando por el pronto triunfantes en Africa los partidarios de Mário, mientras en Italia predominaba en absoluto el dictador Sila.

RÁPIDA CAMPAÑA DE POMPEYO.

Al saber el Dictador lo ocurrido eligió á Pompeyo para que pasase á Africa desde Sicilia, donde se hallaba, y sometiese el país castigando á los rebeldes.

Hizo Pompeyo con presteza cuanto juzgó necesario para cumplir las órdenes, y dejando en su lugar á Memnius, su cuñado, se dió á la vela con 120 buques de guerra y 90 trasportes cargados de víveres, armas, dinero y maquinaria militar.

Dícese por unos, sencillamente, que la escuadra fué en derechura á Útica; pero otros, tal vez con más razon, creen que el desembarco se efectuó en *Curubis* (localidad que corresponde á la moderna *Kurbah* sobre el litoral en el golfo de Tunez, al E. del promontorio de Mercurio, ó sea el Cabo Bon), desde donde marchó el ejército sobre Útica, que era la capital de la provincia despues de la destruccion de Cartago.

Las seis legiones completas que llevaba Pompeyo, debian constituir una fuerza total de más de 37.000 hombres, pues que en tiempo de Mário se elevó el efectivo de cada una hasta 6.200; y á eso tuvo la suerte de agregar, apenas desembarcado, siete mil de los enemigos que se le pasaron, abandonando la causa contraria.

El caudillo enemigo Cneo Domicio Ahenobarbo, auxiliado de Hiarbas y sus númidas, colocó su ejército en batalla cerca, al parecer, de la misma ciudad de Útica, teniendo delante una cañada ó barranca difícil de pasar; y como cayese abundante lluvia desde la mañana, con gran viento, creyó no era posible combatir aquel dia y ordenó á las tropas retirarse dentro del campo: por el contrario Pompeyo, juzgando un incidente favorable el temporal, se puso en marcha y atravesó con denuedo la barranca. Turbados y en desórden los aliados por el imprevisto ataque, sin tiempo suficiente para salir todos á establecerse en formacion ni para obrar en conjunto, y molestados además por la lluvia que les daba de cara, sostuvieron algo, sin embargo, la terrible acometida. Incomodaba tambien á los agresores la tormenta, impidiéndoles verse y distinguirse de los contrarios, en términos que su mismo general estuvo para ser muerto por un soldado que no lo conoció; pero al fin lograron romperlos y hacer en ellos horrible carnicería.

Entusiasmada la tropa por este feliz comienzo victoreó á Pompeyo titulándole *Imperator*; pero él se apresuró

á declarar no lo aceptaba, mientras subsistiera el campo de los enemigos, y que si lo creían digno de tan alto honor, era menester obtenerlo venciendo por completo aquellos atrincheramientos: sus palabras produjeron efecto; atacaron de seguida, peleando Pompeyo sin casco para darse mejor á conocer, y tomaron por asalto el campo. Allí pereció Cneo Domicio, y de los 20.000 hombres que antes contaba, solo escaparon 3.000, á más del rey Hiarbas, que huyó con muchos de los suyos, abandonando los elefantes.

Por consecuencia inmediata de esa victoria vinieron al partido de Sila gran número de ciudades y pueblos, y los demás sucumbieron á viva fuerza, pues el vencedor, reponiendo en su trono á Hiempsal, se adelantó por las tierras de Numidia *para aprovecharse de la fortuna y del ardor de las tropas*; sometió cuanto encontró al paso y restableció el prestigio de las armas que aquellos bárbaros empezaban á menospreciar, diciendo *que no se debían dejar esparcidas en Africa las fieras sin hacerlas experimentar la fuerza y la fortuna de los romanos*.

El fugitivo Hiarbas se vió obligado, despues de batido por el rey de la Mauritania Bogud, hijo de Boco, aunque otros dicen que por el príncipe Gauda que habia acudido como auxiliar de Pompeyo, á refugiarse en la ciudad de Bulla (*Bulla-Regia*, que se cree estaba al E. del monte Thambés, en la Regencia de Tunez); y tomada luego la plaza fué muerto: con lo cual Pompeyo, dedicados unos dias á la caza de leones y elefantes, regresó á Útica, dando por terminada su dichosa campaña y los negocios de aquellos reyes, cuando solo tenia 24 años (81 antes de J. C.).

Entonces recibió orden de Sila para licenciar las tropas, quedándose con una sola legion mientras llegase el jefe que habria de mandarla; y como la medida disgustara en sumo grado al ejército, se alborotaron los soldados

y prorumpieron en gritos de indignacion contra el Dictador, aclamando á Pompeyo : mas éste , dominando el resentimiento que tambien le produjo, les exhortó á la obediencia y les impuso partir sin demora para Italia, amenazándoles de lo contrario con darse la muerte. ¡Ejemplo notable de abnegacion y deber militar que merece ser consignado! porque sean cualesquiera las circunstancias, y aun las injusticias con que el Soberano ó el supremo gobierno traten á un general puesto á la cabeza del ejército, el religioso acatamiento á sus mandatos es la primera obligacion que le impone la confianza que le fué dispensada al entregarle la autoridad de las armas.

Demostró Pompeyo en esa corta expedicion que poseía superiores cualidades para el mando en jefe, y se adquirió los honores triunfales, así como más adelante el título de *Grande* aceptado por la historia, á pesar de su desgracia y catástrofe de Farsalia, de que en justicia debe ser censurado por la crítica militar como lo fué ya por Plutarco, quien dice á este propósito en el paralelo entre Agesilao y Pompeyo, que *uno de los primeros talentos del general de un ejército es el de saber obligar á sus enemigos á combatir cuando se és más fuerte, y no dejarse jamás forzar cuando se és el más débil*. Sábía máxima de todos los siglos que, segun se ha visto, supo aplicar en la batalla de Útica contra Domicio y Hiarbas reunidos, á pesar del obstáculo que ofrecia el terreno y del temporal, para no darles tiempo de que les llegasen los numerosos contingentes de númeridas que estaban llamados en su auxilio, y que olvidó en Farsalia, donde le faltó carácter para resistir las exigencias de los impacientes.

Es desgracia que deploramos para la historia militar que no exista ninguna detallada relacion de esa brillante empresa de Pompeyo en Africa, citada solamente con escasos pormenores en los fragmentos de Salustio, y por Apiano, Eutropio, Aurelio Víctor, Orosio, Paulo Diaco-

no, Lonaro y Plutarco. La ligera reseña que acabamos de hacer, está tomada de este último, segun la version francesa de Ricard, pareciéndonos consigna lo suficiente para merecer incluirla aquí y que sirva de cotejo con las demás de la série (1).

CAMPAÑA FUNESTA DE CURION.

Continuando en Roma las disensiones y peripecias de los bandos políticos, y alcanzando por consiguiente á todos los dominios de la República, es sabida la parte que cupo á España en la guerra civil, figurando Sertorio como caudillo de la resistencia contra el Dictador, y aunque no entran aquellos sucesos en nuestro cuadro, tenemos que citarlos, porque motivaron dos expediciones dirigidas á la vecina costa africana, de que faltos de noticias solo podemos hacer mencion, segun lo que apunta Plutarco en su vida de Sertorio. Hizo la primera con fuerza de 3.000 hombres sobre el litoral de los *Maurisianos* (probablemente el Riff) embarcándose en Cartagena; pero acometido por los bárbaros, tuvo que reembarcarse con pérdidas, y la segunda, que tenia por objeto favorecer al partido contrario del rey Ascalis y entretener al mismo tiempo el valor de sus soldados, le proporcionó vencer á dicho Soberano y á *Paccianus* enviado por Sila en su auxilio, así como apoderarse en seguida por asalto de *Tingis* (Tanger).

Trascurridos los años, hizo la muerte desaparecer sucesivamente á Mário y Sila de la escena del mundo, y vinieron á heredar Pompeyo y César las rivalidades del poder; el primero representando al partido de la antigua

(1) No habiendo tenido á mano oportunamente las traducciones castellanas de Juan Castro de Salinas y de Francisco Enzinas, como tampoco la moderna de Ranz Romaniellos, no hemos podido valernos de ellas en este capítulo.

aristocracia romana, y utilizando el segundo al democrático; pero ambos, enaltecidos por sus talentos y gloriosos hechos de armas, pretendían identificar á su causa el sagrado interés de la pátria y el respeto á las leyes, como han acostumbrado siempre los ambiciosos y los dictadores en esas grandes crisis de las naciones, llámense contiendas civiles ó revoluciones.

Al estallar el rompimiento de este segundo período de guerra civil, triunfante Julio César en Italia, huyó á la provincia de Africa Publio Accio Varo, donde logró expulsar á Tuberon, representante de César, y levantó la bandera de Pompeyo amparado por el rey de Numidia, Juba I, que muerto su padre Hiempsal le habia sucedido, y que recordando cuanto le debió en la anterior guerra y quejoso personalmente de César, abrazó con decision la causa pompeyana.

Enterado César nombró á Cayo Curion para que desde Sicilia pasase al continente de Africa, poniendo á su disposicion cuatro legiones á fin de batir á los rebeldes y someter el país, esto es, una empresa semejante á la que en su juventud llevó á cabo el gran Pompeyo; mas no dando demasiada importancia á los enemigos el designado general, se embarcó únicamente con dos legiones y 500 caballos, fuerza que puede valuarse en unos 13.000 hombres.

Arribó á desembarcar en *Aquilaria*, punto que se supone corresponde hoy á *El Havariáh*, pues el texto de los Comentarios dice que era lugar de mediano abrigo en el verano, situado entre dos promontorios y distante 22 millas de *Quipia* ó *Clypea*, que es en la actualidad Kalibia; y enterado de que diez galeras que allí estaban, se dieron al mar para refugiarse en Adrumeta (Susa), por ser plaza fuerte ocupada por una legion al mando de Considio Longo, envió al instante á Marco Rufo á perseguirlas, quien regresó sin otro resultado que apresar una de ellas que

encalló en la costa. Seguidamente mandó al mismo Rufo con la escuadra hácia Útica, y él se trasladó por tierra en dos jornadas sobre el rio Bagrada (Mecherda), estableciendo su campo en la excelente posicion de *Castra-Cornelia* (1) al frente de dicha ciudad, en una colina dominante cerca del mar, quebrada y áspera por los lados, pero de suave inclinacion por donde miraba á Útica, de la que distaba poco más de una milla en línea recta; mas á causa del gran pantano formado por el desborde de las aguas de unos manantiales, era preciso dar rodeo de seis millas para llegar á la plaza.

Hay quien cree que ese lugar correspondia al que ahora se llama *Porto-Farina*, pero la distancia á que se halla de las ruinas de Útica y los demás pormenores que dá el texto y ofrece la campaña, contrarían tal opinion, siendo casi evidente que sea, segun se indica en el mapa del Depósito de la Guerra de París, en *Kalat-el-ued* (castillo del rio), sobre una altura en la orilla derecha del Mecherda ó antiguo *Bagrada*. Sin embargo, la circunstancia de que el rio corre entre Útica y la colina, y el no hacer nunca mencion los Comentarios del paso de él por los contendientes en aquellas operaciones, produce dudas ó vacilaciones: tal vez el lago pantanoso que se menciona, fuese producido por las mismas aguas del rio, y tal vez el gran cambio de su curso cerca de la desembocadura habrá ocasionado se encuentre en el dia sobre la márgen derecha aquella posicion interesante, que entonces estaba á la izquierda del brazo principal.

En el primer reconocimiento que practicó Curion vió que Varo tenia su campo inmediato á la ciudad y apoyado por consiguiente por un flanco á las murallas y por el otro en las obras de cierto grande edificio, dejando estrecho y

(1) Recuérdese lo que se dijo en el capítulo I, segunda guerra púnica, de ser esa la posicion elegida por Escipion de que le quedó el nombre de *Castra-Cornelia* ó *Corneliana*.

difícil paso para llegar á él. Se enteró tambien de que muchas gentes se apresuraban á conducir á Útica sus efectos, y con tal motivo destacó la caballería para impedirlo y apresar cuanto fuera posible, lo cual movió á Varo á mandar por su parte 500 ginetes númerados con 400 infantes á protegerlos, que cargados vigorosamente se retiraron perdiendo 120 hombres.

Entretanto, llegada la escuadra, intimó á las naves mercantes, que en número de 120 estaban cerca de Útica, que miraría como enemigas á las que no fueran al momento al fondeadero de Castra-Cornelia, lo que obedecido desde luego, le proporcionó abastecer el campamento y le permitió trasladarse sobre el rio Bagrada, desde donde al dia siguiente pasó á establecer sus tropas á vista de la ciudad. Pero como antes de concluir la operacion apareciera la cabeza de un cuerpo de númerados que iba en socorro de Útica, hizo adelantar la caballería para que sostuviese el primer ímpetu del enemigo, mientras formaba las legiones; cosa que no llegó á ser necesaria, porque al instante se pusieron en fuga aquellos auxiliares que venian marchando *sin orden ni temor alguno*, y de los que perecieron gran número de los de á pié y se recogieron en la plaza á la carrera los ginetes.

Varo, por relacion de algunos desertores que se le presentaron en la noche, creyó podria atraerse á los soldados legionarios, y con tal intento sacó sus fuerzas del campo por la mañana, formándolas en batalla; y haciendo lo propio Curion al observarlo, quedaron al frente unos de otros, separados tan solo por un vallecito (valle *non magna* dice el texto, que infiero sería la misma cañada que separaba á Pompeyo y Domicio, donde se dió la batalla referida). Así permanecieron hasta la noche, en que ambos bandos volvieron á sus atrincheramientos; mas algun efecto debieron causar en el de Curion las exhortaciones del otro, porque sin saberse cómo ni quién fuese el pri-

mero, surgió una especie de tumulto entre la soldadesca, que tomó suma gravedad. Convocó el general inmediatamente un consejo para tratar de lo que convendría hacer en aquel trance, y se presentaron encontradas opiniones: decían unos «que se hiciera todo el esfuerzo posible y se diese el asalto á los reales de Varo, entendiendo cuán perjudicial es el ócio en medio de estas pláticas de los soldados; y que era mucho mejor tentar con valor la fortuna en la campaña, que padecer un riguroso castigo vencidos y desamparados de los suyos: y otros pedían que se levantase el campo despues de media noche para volverse á los reales de Escipion (Castra-Cornelia) á fin de que interpuesto mayor espacio, se sosegasen los ánimos de las tropas, y al mismo tiempo, en caso de una desgracia, tener más fácil y segura la retirada á Sicilia con tan gran número de naves.»

No aprobando Curion ninguno de esos pareceres, decía «que cuanto valor faltaba á la una opinion, tanto sobraba á la otra, pues éstos pensaban en una fuga vergonzosa, y aquellos en pelear, áun con desventaja del terreno;» por lo que, dirigiéndose á los que componían la junta, les hizo un razonamiento de que transcribiremos lo principal, por la profunda verdad que encierran sus conceptos como leccion oportuna en conflictos de igual naturaleza, cuando van juntos y se confunden causas militares y políticas ó son querellas civiles las que separan á los contendientes. «¿Con qué confianza esperamos forzar unos reales tan defendidos, así en las obras como con la naturaleza del sitio? ¿O qué es lo que adelantamos, si despues de recibir mucho daño, desistimos de la expugnacion? Como si no fuera la felicidad de los hechos la que concilia á un general la benevolencia del ejército, y los sucesos contrarios aborrecimiento. Pues la mudanza de los reales, ¿qué encierra más que una fuga vergonzosa, la desesperacion de todos y la enagenacion del ejército? Por-

que ni los modestos deben sospechar que se fía poco de ellos, ni los malos deben saber que son temidos; pues á éstos les aumenta la libertad nuestro propio temor, y á aquellos les disminuye el afecto. Y si es que tenemos averiguadas estas voces esparcidas de la enagenacion de nuestro ejército, las cuales confio yo ó que son falsas, ó á lo ménos mucho menores de lo que se piensa, ¿cuánto más importa disimularlas y ocultarlas, que no confirmarlas por nosotros mismos? ¿No debemos encubrir las faltas de nuestras tropas como las heridas del cuerpo, para no aumentar las esperanzas á nuestros enemigos? Pero añaden tambien que nos pongamos en marcha á media noche, sin duda para dar mayor libertad á los que desean cometer el delito, pues los de esta naturaleza se contienen con la vergüenza y temor, que tienen á la noche por su mayor contrario. Y así, ni yo tengo tanto valor que sin ninguna esperanza piense combatir los reales, ni tanto miedo que desmaye. Juzgo que se deben tentar primero todos los medios, y por la mayor parte confio que todos hemos de experimentar presto el buen éxito de esta resolucion.»

Concluido el discurso reunió las tropas y las arengó trayendo á la memoria sus juramentos, los pasados servicios y otros argumentos propios para afirmar su lealtad; y al terminar, aludiendo á que en la primera ventaja recien obtenida le aclamaron *Imperator*, les dijo: «Yo ciertamente quise intitularme soldado de César: vosotros me honrásteis con el título de *General* (1), del cual, si estais arrepentidos, desde luego os restituyo vuestro beneficio: restituidme á mí mi nombre; no parezca que me dísteis tal honra para mi afrenta.»

(1) El título de *Imperator* que pone el texto original, lo traduce D. Manuel Valbuena, de quien nos valemos, por *General*; pero no estuvo acertado, porque aquel dictado honorífico se daba precisamente á los caudillos principales de un ejército, esto es, á los *Generales* que alcanzaban una señalada victoria.

Produjeron sensacion en los soldados estas sentidas palabras, y estimulados sus corazones le pidieron á una voz los condujera á la batalla para experimentar su valor y fidelidad. Entonces Curion, llegado el dia siguiente, ordenó las tropas en el mismo paraje y disposicion que los anteriores; y verificado lo propio por Varo, quedaron ambos esperando que su contrario fuese el primero en atravesar el pequeño valle para batirse con ventaja, hasta que descendiendo á él por la izquierda de Varo un grueso cuerpo de caballería interpolado con infantes ligeros, destacó Curion la suya apoyada por dos cohortes para rechazarlos, como lo consiguió al primer choque, huyendo los ginetes y dejando á los de á pié comprometidos á perecer. Escitado en aquella oportunidad Curion por el legado Rebilo, que era hombre de mucha experiencia en la guerra, hizo avanzar sus tropas á subir el repecho para acometer la línea de los enemigos; pero éstos, sobrecogidos por la derrota de la caballería y temerosos al ver la decision del ataque, volvieron las espaldas y apresuradamente se recogieron detrás de las trincheras del campo. «La multitud y tropel de los que huían, ocupaban las puertas y embarazaban la entrada, de manera que más murieron en aquel paso sin heridas que en la batalla ó en la fuga. No faltó mucho para desalojarlos tambien de los reales; y así algunos no pararon de correr hasta meterse dentro de la plaza. Pero impedian el ataque, así la naturaleza del sitio como sus fortificaciones, y el que habiendo salido las tropas de Curion á dar la batalla de propósito, no llevaban los pertrechos necesarios para dar el asalto.»

Se replegó, pues, á su campo sin haber perdido más que un hombre y causado sobre 600 muertos y 1.000 heridos á los enemigos; pero el efecto moral producido fué tan grande que no considerándose seguros en el campo atrincherado, se trasladaron á la ciudad. Con ese mo-

tivo desde el día inmediato quiso Curion circunvalarla, confiado en reducirla pronto así por el desaliento de los de Varo, como por saber que entre los habitantes cundía el deseo de capitular, en unos por afecto á César y en otros por temor á los estragos del sitio: mas en esto tuvo aviso de que el rey Juba estaba en camino con grandes fuerzas, y todo cambió de aspecto; pues aunque al principio no daba crédito á la noticia y le dolía desistir de la bien comenzada operacion, se retiró por fin á Castra-Cornelia cerciorado de que aquel nuevo ejército enemigo estaba ya á 25 millas, y mandó al instante fortificar el campo, juntar materiales y víveres, y envió órdenes á Sicilia pidiendo las dos legiones con el resto de caballería que inconsideradamente dejara en la Isla.

En tan excelente posicion, de acuerdo con el consejo de sus principales oficiales, determinó esperar la llegada de aquellas tropas manteniéndose á la defensiva; resolucion muy cuerda, y la única posible en semejantes circunstancias; pero tuvo la desgracia de no persistir en ella al saber por varios desertores echadizos de Útica, que detenido Juba á causa de otra guerra suscitada en los confines de sus dominios, solo habia enviado á su general Sabura con algunas fuerzas, que eran las que se acercaban á la ciudad. Alentado otra vez por esa grata nueva, tan ligeramente creida, mudó de parecer y se aventuró á salir á campaña.

«Ayudó mucho (dicen los Comentarios) para tomar esta resolucion, la mocedad, la grandeza de ánimo, la felicidad del tiempo pasado y la confianza de salir bien con la empresa. Movidado de estas cosas despachó toda la caballería al anochecer al real de los enemigos junto al rio *Magreda* (1) donde mandaba Sabura, de quien ya tenia

(1) No comprendo que el traductor escriba *Magreda* cuando el texto dice *Bagradam* pero así Valbuena como Goya y Muniain adoptan en los nombres propios para espanyolizarlos, ciertas alteraciones inexplicables.

noticia; pero venía detrás el Rey con todo el resto de sus tropas y habia acampado á seis millas del real de Sabura. Nuestra caballería llegó en la misma noche al cabo de la jornada, dió sobre los enemigos incautos y desprevenidos; porque *siguiendo los nómidas su bárbara costumbre, habian hecho alto esparcidos, sin orden ni formacion alguna*; y así acometiéndolos sepultados en sueño y desparramados, mataron gran número, y otros muchos huyeron amedrantados. Con este hecho se volvió la caballería á donde estaba Curion, trayendo algunos prisioneros.»

Habia salido éste al amanecer con todas las tropas ménos cinco cohortes que dejó de guarnicion en el campo, y encontrando á la caballería á las cinco millas se enteró de lo sucedido y oyó de los prisioneros que era Sabura quien los mandaba; con lo cual, afirmado en su primera noticia, sin averiguar nada más, exhorta á los soldados y manda acelerar la marcha para acometer á los nómidas antes que se repusieran de la sorpresa, no reparando, ó prescindiendo en su ardiente deseo, de que los ginetes y caballos estaban fatigados de haber andado toda la noche y que por no poder seguirle se iban quedando rezagados.

« Informado Juba del suceso de aquella noche envió á su socorro (de Sabura) dos mil caballos españoles y franceses (1) que solía llevar para su escolta, y la parte de infantería en que tenía más confianza: y él siguió sus pasos con todo el resto de su ejército y cuarenta elefantes, sospechando que Curion, puesto que habia destacado delante la caballería, seguiría luego con su gente. Sabura ordenó sus tropas de á pié y de á caballo con orden de que *finjiendo temor, cediesen poco á poco y se retirasen, que él daría señal del combate en caso necesario*, y les comunicaría sus

(1) El traductor usa con impropiedad, á mi juicio, los apelativos modernos en vez de celtíberos y galos. En otras ocasiones incurre en graves errores al nombrar localidades.

órdenes segun entendiase que lo pedia la ocasion. Curion, añadida á su antigua esperanza la opinion presente de que *los enemigos cedian la campaña, bajó con sus tropas á campo raso, dejando el puesto ventajoso;* y habiéndose alejado de él largo espacio, á las diez y seis millas hizo alto, llevando ya muy fatigado el ejército. Dió Sabura la señal á los suyos, ordenó sus haces, y empezó á dar vuelta por las filas exhortándolos á la batalla: *y usando de la infantería solo para apariencia, echó delante los caballos á la campaña.* No faltó Curion á su deber; antes empezó á animar á sus soldados á que pusiesen en su valor toda la esperanza. Tampoco faltó á éstos, aunque cansados, ni á los de á caballo, aunque pocos y rendidos de tanto trabajo, el deseo y ánimo para la pelea. Pero eran los caballos doscientos en todos, que los demás se habian quedado en el camino. Estos, á cualquier parte que acometían, obligaban á los enemigos á ceder la campaña; pero ni podían alejarse á seguir el alcance, ni tampoco apretar demasiado á los caballos. *Empezó la caballería enemiga á cercar á los nuestros por ambos lados, derribando los que encontraba por delante. Si algunas cohortes se adelantaban de la formacion, los númidas, como que estaban descansados, evitaban el choque con su ligereza; y al volverse á sus puestos, las cercaban cogiéndolas fuera de sus filas.* De esta manera ni se tenia por seguro mantener el puesto y guardar formacion, ni adelantarse y exponerse á la resistencia. Aumentábanse continuamente las tropas del enemigo con los refuerzos que el Rey las enviaba: las nuestras desfallecian de cansadas, sin poder retirarse y ponerse en salvo los heridos, por estar cercado todo nuestro ejército con la caballería enemiga. Así que desesperados de poder salvarse, como acostumbra los hombres en el último peligro de su vida, ó se lamentaban de su muerte, ó encomendaban á sus padres aquellos que por ventura salvase la fortuna del peligro: todo era una confusion de temor y lamentos. Cuando vió Curion que

amedrantados todos, ni se oían sus exhortaciones ni sus ruegos, pensando como en caso desesperado, en el único recurso de salvacion, dió orden de que se tomasen todos los collados inmediatos, dirigiendo allá las insignias; pero se adelantó á ocuparlos un trozo de caballería enemiga que destacó Sabura para este efecto. Cayeron entonces los nuestros en la última desesperacion. Parte murieron fugitivos á manos de la caballería, parte peleando. Aconsejó á Curion Cneo Domicio, general de la caballería que estaba cerca de su persona con algunos caballos, que procurase salvar la vida y se retirase á los reales, prometiéndole que él no se apartaría de su lado; pero le respondió Curion que *no volvería á la presencia de César perdido el ejército que le había fiado*; y en esta resolucion murió peleando. Algunos pocos caballos pudieron retirarse de la batalla, pero aquellos que digimos se habian quedado detrás para tomar aliento, advirtiendo desde lejos la rota del ejército, se refugiaron á los reales (Castra-Cornelia): la infantería pereció enteramente sin quedar ninguno. Cuando supo este desastre el Cuestor Marco Rufo, á quien Curion habia dejado en los reales, exhortó á los suyos á que no cayesen de ánimo. Ellos le pidieron y suplicaron que los embarcase para Sicilia. Así lo prometió, y dió orden á los patrones de los barcos que á la tarde tuviesen prontos todos sus buques en la playa. Pero era tal el terror de todos, que unos decian que ya llegaban las tropas del rey Juba, otros que venia sobre ellos Varo con las legiones, y que ya veían á lo lejos grande polvareda (ambas cosas inciertas); otros sospechaban que sobrevendria al instante la escuadra enemiga. De esta suerte amedrantados todos, cada uno miraba por sí. Los que estaban á bordo se daban prisa á marchar: la fuga de estos instigaba á los capitanes de las naves de carga: eran muy pocas las embarcaciones que acudian por la orden dada, y tanta la contienda en la ribera llena de gente, sobre quiénes habian